

LOS PRIMEROS DÍAS

ANDREIEV KUFFI

Versión española de
JOSÉ LUIS VILLACAÑAS BERLANGA



JUANCABALLOS DE POESÍA

Aviso a cargo del traductor
José Luis Villacañas Berlanga

De cómo llegué a este libro

Corría el año 1981 y quien esto escribe disfrutaba de una estancia en la ciudad bávara de Múnich, con motivo de una beca de estudios postdoctorales. La visita más frecuente y casi exclusiva de aquellos días terminaba, naturalmente, en la Biblioteca de la Universidad. Eran los tiempos, ya lejanos, en los que me interesaba el mito gnóstico y su vigencia, una confesión que dejo caer aquí por lo que vale al caso. Registraba los títulos que se dedicaban a comentar el mito del Génesis, la expulsión del paraíso, los primeros días de los hombres; pues, como es fácil de comprender, todo el mito gnóstico depende de una determinada lectura de estos pasajes. Y así, en medio de una larga serie de escritores neoplatónicos, renacentistas, herméticos, cabalísticos y demás autores esotéricos y secretos, apareció un volumen cuyo título era justamente este, *Die erste Tage*. El subtítulo rezaba así: *Dichtungen über den Genesis*. Su autor, un tal y desconocido Andreiev Kuffi. Estaba editado en Leonberg, en 1919.

Al principio, el libro me interesó porque tenía por cierto que se trataba de un error de imprenta. Suponía que tras aquel nombre eslavo se escondía no otra persona que Andrea Caffi, famoso hebreo italiano-ruso, hijo del *atrezzista* contratado por Nicolás II para decorar la escena del gran teatro de San Petersburgo. Este Caffi es autor de obras meritorias sobre la lejana civilización de Bizancio y su influencia sobre la Italia medieval, había compartido la suerte de tantos mencheviques en la Revolución de Octubre, conocido la cárcel y varias condenas a muerte y fue milagrosamente salvado de la ejecución por intercesión de una vieja compañera de estudios, amiga personal de Lenin. Ya en Occidente, y tras una peripecia vital digna de mejor tratamiento, Caffi mantuvo amistad con hombres muy respetables, como Nicola Chiaramonte, combatiente en la guerra de España, ayudante de pilotaje de Saint-Exupery, y de otros menos respetables, a los que pasaba trabajos sin firmar, como Jean Paul Sartre. La vida de este hombre, de Caffi, es tan fascinante, tal

y como un día la narró para mí un amigo siciliano, que a su vez la había escuchado de Massimo La Torre, un importante filósofo y jurista de Messina y viajero por toda Europa, por lo que todavía resultaba más inquietante suponer que hubiese escrito en verso un comentario al libro del Génesis.

Así que fui al fichero de autores de la Biblioteca de la Universidad, pensando que allí el nombre de Kuffi aparecería escrito según el uso romance. Mas sólo llegué a comprobar que la monumental Biblioteca de la Universidad de Munich no sabía nada de Andrea Caffi. No había sido un error. Por el contrario, en el listado de autores aparecía de nuevo la entrada «Kuffi». Aquí hubiera acabado mi pesquisa, de no ser porque al final de la ficha completa aparecía una indicación muy precisa. «Del legado de Gustav Landauer». Volví a pensar que Alemania era un curioso país. Algunos de sus hijos pueden matar a un hombre a culatazos de fusil sobre las letrinas de un cuartel, en los días de la Revolución de Munich; otros, sin embargo, conservan religiosamente los libros de esas víctimas en perfectas bibliotecas.

Esa vinculación entre el desconocido Kuffi y Landauer bastó para decidirme a pedir el libro en préstamo. Landauer era un autor muy querido por mí. No desde luego por sus ideales revolucionarios, que nunca supieron atraer mi espíritu, sino por sus comentarios a la filosofía de Frits Mauthner vertidos en el libro *Mística y Lenguaje*, y por la clara vinculación al mito gnóstico mostrada en su libro *El otro hombre*, donde quizá por primera vez desde Nietzsche, y antes que los nacionalistas alemanes, se dedica una pulcra atención al Hölderlin de los *Himnos tardíos*.

La decepción me tornó obstinado. No era posible tomar en préstamo el libro por pertenecer a un legado histórico. Cualquiera que conozca el sentido del deber de los bibliotecarios alemanes sabe que en estos casos se debe abandonar toda esperanza. Así que solicité una microficha del libro que, durante años, guardé como un fetiche, sin saber a ciencia cierta qué contenía. Cuando el Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia adquirió un lector de microfilm que, además, imprimía el texto en fotocopias, no perdí un solo día y revelé aquellos negativos negros y misteriosos.

Se trataba de un volumen pequeño de unas 50 páginas. Sobre la primera, además de los sellos correspondientes, se dibujaba sólo una pequeña estrella. Quizás fuera el *ex libris* de Landauer, una expresión de su sentido extremo de la propiedad comunitaria, y una muestra de que los símbolos resisten más que los hombres. Luego algo que me parecía un libro de versos. ¿Cómo había llegado a este místico revolucionario un humilde libro de poesía editado en el lejano Leonberg? Esto es un misterio.

Sin embargo, las decepciones no cesaron ahí. Quizás todos estos obstáculos expliquen mi vínculo con este libro y determinen la continuidad con que esta empresa me ha acompañado desde hace tanto tiempo. El caso es que no pude leer nada más en el libro que aquella página signada con la estrella de David, por cuanto estaba escrito en yiddish, el habla alemana de grafía hebrea propia de los grupos de judíos orientales. Curiosamente, el libro había superado la purga que de los volúmenes escritos en este idioma hicieron los nazis. Pero en todo caso, ese milagro no me reportaba beneficio alguno. Así que me quedé con las fotocopias, que encuaderné en tapas duras y lujosas. En la estantería de la biblioteca de la casa familiar, junto al pequeño volumen, dejé la cajeta negra de las microfichas. Allí permanecieron, como un cofre secreto, del que no hubiera forma de encontrar la llave. Un libro yiddish en Úbeda tiene tantas probabilidades de ser descifrado como un tesoro enterrado en las simas del océano.

Pero el mundo es muy pequeño a los ojos de Dios y Él siempre dispone de algún hombre, de entre los miles de millones de hombres, para hacer lo que está previsto y que yo acabara realizando mi sueño. Así sucedieron las cosas, sin yo buscarlas, naturalmente. Pues nada de este libro tiene que ver con mi voluntad, sino con el azar.

En 1989 el hijo de un amigo mío marchaba a Rusia, guiado por el afán de aprender el idioma eslavo. Corrían los tiempos de la Perestroika, y se presagiaban buenos negocios con una Rusia renovada y democrática. Así que mi amigo pensó, con sentido prudente, que el ruso iba a ser cada vez más útil para un joven que quería progresar en la vida. Cuando este joven, de nombre Antonio, se marchó a Moscú, le hice un encargo. Debía buscar en los ficheros de la Biblio-

teca de Moscú, en las enciclopedias de las Academias, en los libros de historia, donde fuera, el nombre de Andreiev Kuffi. Le dije que no lo confundiera con Andrea Caffi, porque eran, al parecer, dos personas distintas. Como su estancia iba a ser de años, creía darle también una especie de tarea con la que rellenar las horas de tedio que deben asaltar a un joven en una ciudad distante y helada.

Al cabo de pocas semanas, recibí una nota de Antonio. Efectivamente, existía alguien con tal nombre. Se trataba de un diputado menchevique, que había participado en la Revolución de 1905, que había luchado contra Lenin, que había muerto en prisión en 1919, en una cárcel de Siberia, víctima de las pésimas condiciones de vida. Naturalmente, mi corresponsal no reproducía los insultos con que era calificado aquel hombre por parte del régimen soviético. Al final de una pequeña reseña biográfica, en la Gran Enciclopedia de la Academia de las Ciencias de Moscú, se decía que había escrito un libro de poesía que había visto la luz en Leonberg, costado por la comunidad yiddish de aquella que era su ciudad natal. Así que todo se aclaraba: Kuffi era un poeta de un único libro, obra que sin duda por respeto y admiración hacia el intérprete de los *Himnos* de Hölderlin y el profeta del hombre nuevo, sus amigos habían enviado al conocido revolucionario socialista Gustav Landauer, de Munich, él también célebre hebreo, justo en los días agitados de la Revolución bávara. En cierto sentido, el libro se comportó como un heraldo de muerte.

Con estas pocas noticias, mi interés por aquellas cincuenta páginas fotocopiadas y herméticas aumentó. Quedaba el problema de quién era en realidad este hombre al que los occidentales conocen como Andrea Caffi, y que tantos rasgos biográficos comparte con el autor de este libro, al menos respecto de su tiempo de vida en Rusia. Pero por ahora este problema de si estamos ante la misma o ante dos personas diferentes podemos dejarlo sin resolver. La cuestión de quién sería el hombre que murió como Kuffi, y qué permitió a los historiadores rusos de la Enciclopedia darlo por muerto, posiblemente nunca se pueda resolver. La cuestión es que el ignoto contenido del libro ahora tenía que imaginármelo. Me preguntaba si un hombre con ese historial menchevique podría escribir algo diferente de un canto al progreso, lo que en cierta forma es una

venerable tradición entre los comentaristas del Génesis. El hombre finalmente sería salvado de la necesidad y de la muerte por el mismo trabajo al que un día fue condenado por su propia culpa. En fin, es conocida la tesis desde Francis Bacon como para incidir en ella. Pero el hecho de que fuera enviado a un visionario apocalíptico, a un revolucionario europeo, no cuadraba con esta idea trivial. Todas estas reflexiones no me abrían, sin embargo, la puerta para acceder a aquel extraño sistema de escritura.

Un día, un ciudadano americano llegó a Úbeda para investigar algunos detalles de la vida de san Juan de la Cruz, que durante un tiempo descansó entre nuestros paisanos. Fue natural que las autoridades culturales del consistorio presentasen a este hombre a los doctores de la ciudad y así llegué a tener trato con él. Samuel Saffran, con quien ahora me une cierta amistad, procedía de Polonia, de padres judíos, como sucede con tantos eruditos americanos. De su apellido originario había retirado algunas letras finales demasiado difíciles de pronunciar. Hablamos entonces de la gran diáspora producida por el nazismo y vinieron a nuestra conversación los nombres de Töller, de Roth, de Mann y de Brecht, de tantos y tantos hombres y mujeres fulminados por la desgracia. Y así me pude enterar de que su anciano padre todavía había disfrutado de la oportunidad de gozar de aquella ejemplar cultura centroeuropea y de que conocía perfectamente el yiddish.

Desde este momento, como es fácil de comprender, fui mucho más cortés y hospitalario con Saffran. Hablamos de Juan de Yepes y de los místicos españoles, lo llevé por los lugares de las fundaciones y hasta llegamos a Soria, a los pequeños pueblos de la línea del Duero, como San Baudelio de Berlanga, donde se hallan las fuentes de la religiosidad castellana. Recuerdo su expresión extasiada en aquella ermita, poblada de palmeras, camellos y escenas de un paradisiaco oasis oriental, en medio del alto y reseco roquedal de Soria. Finalmente, el día de nuestra despedida, le di las fotocopias del libro de Kuffi, sabiendo que no se podría negar al favor que le solicitaba: que su padre tradujese aquel librito al alemán.

Medio año después, recibía el texto alemán de los *Primeros días*, junto con la triste nota de que el padre de Saffran había muerto a

las pocas semanas de terminado el manuscrito. Una vez más, el libro era heraldo de muerte. Cuando abrí el texto que ahora presento traducido, leí su primer verso con recogida emoción. Decía así:

*Es war der Regen und zum ersten Mal fiel er auf das brennende
Feuer der Erde*

Todavía me pregunto, cada vez que leo estas páginas, cómo un hombre tan sutilmente desesperado como el autor, pero tan amargamente religioso, pudo dar la vida por la dudosa causa de los mencheviques. Me contesto que de una manera semejante a como yo mismo llevo más de treinta años intentando desentrañar el contenido de este librito.

Sólo me queda un pequeño aviso. No he cuidado sobre todo de verter en español el mismo número de versos que en la traducción alemana, que a su vez mantiene intacta la cifra de versos del original. Según me entero por una nota manuscrita que dejó el Dr. Saffran sr., cada canto *yiddish* tiene exactamente veinticuatro estrofas de seis versos cada una. Cada verso tiene a su vez diez sílabas, quizá por las Sefirot. Sin duda, se trata de una imitación de las veinticuatro horas del día y no se llega a los siete versos en cada estrofa por respeto al Sabbath. No ha sido posible mantener esta delicada y cabalística analogía del tiempo, así como tampoco construir cada verso con diez sílabas, porque la estructura del español no lo permite. Así que he optado por la forma del poema en prosa, menos comprometida. De esta forma el poemario español no puede reproducir *Los primeros días* con la perfección del original. Quizás no sea un azar. Es posible que, en español, el tiempo sea tan irregular que las horas no tengan sesenta minutos, ni el día veinticuatro horas, ni la semana siete días exactos. Si esto es así, entonces no tendría mucho sentido escribir un libro de versos que sea símbolo perfecto del tiempo. Esto sería quizás una buena explicación de por qué los españoles no sepamos con exactitud en qué tiempo vivimos y si en realidad somos más jóvenes o más viejos que otros pueblos.

Mas Camarena, 31 de agosto de 2022

LOS PRIMEROS DÍAS